

LA SÍNTESIS DE OTROS TIEMPOS Y LA DEL FUTURO. RESPUESTA A HANAGAN Y TILLY

Andrew Abbott

Para cualquier autor es instructivo leer su propio trabajo a través de los ojos de otros. Al hacerlo, a veces uno ve la diversión de «the funhouse of McScholarship»,* otras una cerrazón que simplemente se empeña en ignorar las ideas de manera más efectiva que la pura ignorancia. Pero mientras estos malentendidos producen simplemente exasperación, una lectura seria y extensiva de la propia obra produce cierta melancolía. Los autores a veces echamos artículos al agua como si fueran botellas, después otros los pescan en el mar y creen que el autor se ha refugiado en las aguas tranquilas de la academia, cuando de hecho el viento impulsó su barco lejos de esas aguas hace tiempo.

El origen de esta incomunicación está exactamente en el proceso que interesa a Hanagan, Tilly y a mí: el paso del tiempo. No es solamente que el trabajo de uno parece diferente visto a través de los ojos de otros. Sino más bien que, como en un poema de Platón sobre el espejo de una cortesana de cierta edad: «No me voy a ver como estoy ahora y no me puedo ver como fui antes».¹ La lectura de nuestro viejo trabajo por otros, nos recuerda el paso del tiempo, las bahías y los océanos que cruzamos. Nos preguntamos si estos viajes nos llevaron realmente a descubrimientos, o si, como Lais en el poema de Platón, perdimos simplemente la buena apariencia de la que disfrutamos un día.

Hanagan y Tilly tienen razón al interpretar mi obra como centrada en un problema principal, la posición de la temporalidad en ciencias sociales. También tienen razón en leer el artículo sobre la «síntesis perdida» en el contexto de mi otra obra, incluso el libro sobre profesiones. De hecho, ellos y yo no nos diferenciamos en considerar el artículo sobre la síntesis perdida como pieza de la historiografía. Sin embar-

*. *N.T.* En inglés en el original. Juego de palabras cuya traducción literal sería «la divertida casa de Mr. Academia».

1. Atribuido a Platón. «Dedication of a Mirror», *The Greek Anthology* VI: 1, Dudley Fitts, tr. en *Poems of the Greek Anthology*, Nueva York: New Directions, 1938.

go, vemos sus intenciones de manera diferente. Lo que me interesó sobre la síntesis perdida como episodio histórico era que los sociólogos que se interesaron por la Historia en los años 70 y principios de los 80, nunca se cruzaron de verdad con los historiadores que se acercaron (un poco antes) a los científicos sociales; lo que debería haber llevado a un encuentro directo, de hecho llevó a un reconocimiento lejano y a ningún encuentro. Esto me pareció obvio a causa de mis experiencias personales y las de otros en Sociología. Se habló mucho de Historia, pero se reflexionó poco.

Como cualquier análisis de un episodio contemporáneo, el artículo de la síntesis perdida terminó con un pronóstico abierto. Previene las continuas seducciones de la Historiografía culturalista y postmoderna y el hecho de que la mayor parte de las conexiones entre Historia y Sociología ocurrirían dentro de áreas sustantivas. Ambos pronósticos se han confirmado empíricamente hasta ahora.

Pero también urgí en aquel artículo a que se realizara un encuentro real y profundo entre Historia y Sociología, diciendo que sólo así podría pasar a través de una reflexión profunda sobre la naturaleza de la Historia o para decirlo de otra manera, sobre la naturaleza de procesos sociales. Esta reflexión, argumenté, se podría realizar teorizando sobre la naturaleza de estructuras narrativas. No quería decir con esto que debiéramos analizar la forma de contar y la temporalidad de las historias sociales como James Clifford, un esfuerzo que considero principalmente una pérdida de tiempo, dados los análisis detallados y anteriores del problema realizados por personas como Roland Barthes y Gerard Genette. Yo quería decir que los sociólogos deberían repensar el proceso social como un asunto fundamentalmente narrativo, un asunto que realmente sucede en relatos, en encadenamientos de eventos, más que en «causas». (En ese sentido, la audiencia real del artículo fueron mis colegas en Sociología). Este repensar llevaría a la unificación literal de las dos disciplinas, que, desde mi punto de vista, son caminos poco diferentes de dirigirse a una misma cosa. Esta teorización de la realidad «narrativa» era para mi la «síntesis perdida», el evento que debería haber pasado y no sucedió.

Obviamente intenté encontrar la llave para esta síntesis yo mismo. Como dicen Hanagan y Tilly, *The System of Professions* (El Sistema de las Profesiones) fue un ejercicio por unificar la Historia con la Sociología, como yo lo vi en aquel entonces. Pero no estoy de acuerdo en que el libro fuese «desencadenado por demandas de explicaciones universales». Es verdad que argumenta contra los patrones uniformes de profesionalización. También es verdad que demuestra que coyuntura y contingencia forman las profesiones de manera absoluta. Pero ofrece un lenguaje bastante sistemático para hablar sobre coyuntura y contingencia—incluyendo teorías sobre niveles interactivos de coacción y causalidad, modelos—sobre cómo interactúan estructura y acción, y afirmaciones sobre los resultados de tipos concretos de conflicto. De hecho, el libro discute incluso patrones de episodios característicos dentro del sistema de profesiones. Aunque no hubo, por tanto, «cadenas» universales, había una clara exigencia para reflexionar sobre el proceso social de manera siste-

mática, para moldear la propia narrativa en torno a tipos particulares de problemas (disputas jurisdiccionales entre profesiones), y para reflejar no de manera idiosincrásica, sino con rigor, acerca de la interacción de los diferentes ritmos de los procesos sociales.

Esto significa, que en el libro intenté demostrar lo que quería decir con «hacer historia de manera correcta», algo mucho más teórico y sistemático que lo realizado por aquellos historiadores a los que me estaba refiriendo, pero algo que evitara al mismo tiempo las «variables causales» cosificadas de los sociólogos. Estaba haciendo narrativa, de alguna manera, pero intentando sistematizarla. Así el libro, como dicen Hanagan y Tilly, corrobora la crítica de estadísticas sociales planteada en otras obras, como «Transcending General Linear Reality» (Superando la Realidad Lineal General), a la que ellos se refieren. Pero al mismo tiempo, el libro no era «narrativo» o «basado en la contingencia» en el sentido de contar simplemente historias, por muy complejas que sean, sino que intentó más bien crear una «teoría de la contingencia».

Hanagan y Tilly sienten que he perdido la fe, que he aceptado el «positivismo narrativo», creando nuevos obstáculos en el camino de la colaboración entre historiadores y sociólogos. Piensan que he empezado a «ignorar la causalidad» y a centrarme exclusivamente en el «típico problema secuencial». En su opinión, he perdido la visión de la causalidad múltiple y de la interpretación casual múltiple, y abandonado el intento de «identificar la gama de explicaciones que tienen algo que ver con un asunto concreto y de describir sus relaciones», un esfuerzo que llaman «realismo renaciente».

Me declaro culpable de inventar el término «positivismo narrativo», que—lo que me alegra de cierta manera—irritó a mucha gente. De un lado se encontraban aquellos que pensaron que estaba polucionando la narrativa al juntarla con el lodo del positivismo. Del otro lado están los positivistas, que solamente quieren escuchar el término narrativa cuando se les promete que un programa de ordenador realizará pronto la reflexión narrativa por ellos. En este sentido, el término positivismo narrativo logró lo que yo quería; creó una imagen alarmante al unir cosas que se suelen mantener muy distanciadas. Esto debería, por lo menos, inquietar la gran creencia de Historia y Sociología de que hay algo profundamente equivocado al separar los dos campos de estudio.

Por otro lado, después de haber creado el término, y de ser consciente de haber realizado algún trabajo en esa área, debo, al igual que Marx negó su Marxismo, argüir que yo no soy un positivista narrativo, si con esta afirmación se quiere decir que mi trabajo como científico social se centra en esta área. Aunque mi trabajo *What Do Cases Do?* (¿Qué hacen los casos?) está citado correctamente como discutiendo secuencias modeladas, también discute conceptos de «carreras» y «campos interactivos» que describen de manera más compleja los patrones interdependientes como los discutidos por Hanagan y Tilly más adelante en su artículo y como los que analicé detenidamente en el libro sobre las profesiones. (Estos conceptos se presentan con mucho más detalle, por ejemplo en mi ponencia sobre Sorokin, en la American

Sociological Association).² Efectivamente, yo trabajé sobre encadenamiento, como Hanagan y Tilly reconocen, mucho antes de que todo el asunto de la narrativa se convirtiese en una moda de las ciencias sociales, y ni olvidé la acción, ni afirmé por escrito que dicha acción debería ser excluida como un tipo de encadenamiento, una opinión que, de alguna manera, ellos me atribuyen.

Más bien lo contrario. He dedicado bastante tiempo a argumentar por escrito con mi amigo Peter Abell sobre su posición consistente en que deberíamos limitar el encadenamiento a la acción racional, una posición que atacé por exactamente las mismas razones que Hanagan y Tilly me atacan a mí: ignorar las múltiples causas en la vida social. Y he trabajado y publicado sobre las concepciones de temporalidad y acontecimiento seguramente tanto o más que lo que he publicado sobre métodos en sí—desde mis artículos tempranos sobre «Secuencias de Acontecimientos Sociales» hasta otros más tardíos sobre «Concepciones de Tiempo y Acontecimientos» y un trabajo reciente aún sin publicar sobre la temporalidad en una obra de Bergson, Mead, y Whitehead.³

Así pues, no puedo conformarme con una imagen mía de simple positivista, aunque haya usado la espantosa palabra con «R» («Realidad»). Pero puedo entender cómo apareció esta mala interpretación. Los problemas de teorización de la narrativa son verdaderamente difíciles. Tardé mucho tiempo en encontrar teorías sistemáticas sobre el abanico de cuestiones que me había propuesto yo mismo en la tarea de integrar Sociología e Historia. Este trabajo va a ser publicado muy pronto. No se puede esperar que Hanagan y Tilly «sientan» de manera mágica esta obra sin publicar.

Mientras tanto, trabajando sobre estas teorías, he invertido mucho esfuerzo en el análisis de secuencias sociales simplificadas. Esto incluye el análisis de las historias de los Estados de bienestar discutidos por Hanagan y Tilly, tanto como el análisis sobre la vida profesional de los músicos del siglo XVIII, los psiquiatras del siglo XIX y los criminales del siglo XX. Como el estudio sobre los Estados de bienestar, todos estos análisis sobre las carreras profesionales hacen ciertas simplificaciones clasificatorias, que, aunque pueden parecer menos drásticas que aquellas sobre el estudio del Estado de bienestar a cualquier historiador elegido al azar, sin duda no lo hará lo mismo a las personas implicadas.

Si estas simplificaciones clasificatorias fueron o no una buena idea, se sabrá si al usarlas se produce algo interesante y útil, algo que cree una serie de preguntas fructíferas. Considerando el estudio sobre el bienestar, tan ampliamente criticado por

2. Andrew Abbott, «Of Time and Space», Ponencia en la American Sociological Association Sorokin. Leída en la Southern Sociological Society (Sociedad Sureña de Sociología), Nueva Orleans, 10 de abril 1992.

3. Sobre Abell, ver Andrew Abbott, «Measure for Measure», *Journal of Mathematical Sociology*, 18: 203-214, 1992. La conferencia sobre Mead *et al.* es: «Temporality and Process in Social Life» (Temporalidad y Proceso en la Vida Social), 7ª Conferencia de Sociología Noruega, Tjome, 8 sept. 1994.

Hanagan y Tilly, todas las críticas teóricas y sobre los datos hechas por ambos fueron antes hechas por DeViney y por mí, o en el mismo artículo o en trabajos anteriores. Ya en el año 1984, dediqué un artículo entero a la teoría de secuencias, proponiendo que en contextos teóricos diferentes puede ser preferible elegir diferentes tipos de «ocurrencias» significativas en vez de «acontecimientos». (Hanagan y Tilly se han enterado de mi versión sobre la distinción entre acontecimiento y ocurrencia, desgraciadamente, tarde). He escrito mucho sobre variedades de medidas de «orden» y, de hecho, he estudiado detenidamente un caso empírico (sobre profesionalización en medicina Americana) que incluye precisamente el tipo de situación discutido por Hanagan y Tilly (múltiples políticas, variaciones locales, diferencias de cobertura). Acusar a DeViney y a mí mismo de practicar un «juego», o de no prestar atención a las diferencias en las políticas de bienestar, es absurdo. Sabíamos de estos problemas, los expresamos en el artículo, y realizamos nuestro análisis porque creíamos que los resultados eran mayores a los problemas.⁴

Decir que yo preví las críticas no viene al caso. Más bien, lo que interesa en el artículo sobre las secuencias de los Estados de bienestar, con su indudablemente atroz simplificación sobre las secuencias históricas reales, es que pone a prueba tres posibles versiones de cómo los Estados de bienestar adoptan nuevos programas políticos: como resultado de procesos internos independientes, a través de canales específicos de difusión (de religión, lengua y cultura comunes), o por fuerzas principalmente fortuitas que hacen emerger un estándar internacional, de lo que un Estado de bienestar debería ser. Mi artículo se inclinaba a favor de la última de las tres posibilidades, y planteaba aquella posibilidad como consideración seria. No demostraba aquella posibilidad concluyentemente, ni excluía las otras, pero consiguió que esa posibilidad se tenga en cuenta. Y con mucho más sentido de la temporalidad histórica que la media de los más bien mediocres estudios sobre los programas de los Estados de bienestar basados en regresiones.

Además, la reflexión sobre el estudio del bienestar me brinda una ocasión para dar una serie de respuestas generales a Hanagan y Tilly y muchos otros amigos que piensan lo mismo y que me tachan de «positivista narrativo». La mayor parte de estas respuestas refleja mi experiencia de sentirme como un soldado que se mete en terreno de nadie durante la Batalla del Somme. Primero, si alguien quiere sacar a los positivistas comprometidos de sus trincheras y búnkeres de «causalidad» y «variables» y conseguir que presten alguna atención a la temporalidad, uno debe darles algo que hacer. Ya a mis primeros artículos sobre narrativa—a principios de los años 1980—mis amigos metodólogos (que no son todos los pigmeos intelectuales que se dice a veces)

4. El artículo del año 1984 sobre la «teoría de la medida» es «Event Sequence and Event Duration» (Secuencia y Duración de Eventos), mencionado por Hanagan y Tilly. El artículo sobre profesionalización en medicina Americana es «The Order of Professionalization» (El Orden de la Profesionalización), *Work and Occupations* 18: 355-384, 1991.

me contestaron «demostrar o callar». Lo que significa, que si los iba a atacar, no me iban a permitir la retirada al mundo distante de las conversaciones históricas. Debería argumentar el análisis temporal ante ellos directamente y en sus propios términos, desarrollando métodos que produjeran mejores respuestas con sus datos que cualquiera de los métodos de análisis ya disponible.

Yo no soy realmente un metodólogo, así que simplifiqué el problema para mi comprensión del mismo y lo reformulé como el problema de encontrar modelos de secuencias o subsecuencias comunes. Más tarde o más temprano seremos capaces de desarrollar algún enfoque formal para contemplar las coyunturas complejas que fascinan a Hanagan y Tilly. Pero la complejidad de aquellas coyunturas no excluye métodos «positivistas» *a priori*, como tampoco la multiplicidad de significados excluye métodos formales, un tema sobre el cual siempre me hace feliz poder citar el análisis sorprendente de Roland Barthes sobre Balzac en *S/Z*. Mientras tanto, es mejor tener métodos sencillos de análisis secuencial, que por lo menos permiten que la gente empiece a reflexionar sobre narrativa y acción, que no tenerlos. Naturalmente los métodos se pueden usar sin pensar. Pero esto es un problema en cualquier ciencia; hay tantas páginas malas sobre estudios históricos de casos como de regresiones múltiples.

Que yo tenga un «esquema clasificatorio» que enfatiza dicotomías como «positivista versus interpretativo» no es cierto. Toda una línea de mi trabajo, que culmina en un libro que va a publicarse próximamente, concierne a lo que he llamado distinciones fractales («fractal distinctions»). Son distinciones que se repiten internamente, como lo hace la distinción positivista/interpretativa. Cualquier grupo de científicos sociales se puede dividir sobre este asunto, y aún cuando se elija uno de ellos y se le envíe a una conferencia, se dividirá otra vez sobre este tema. Resulta que estas distinciones internas que proliferan son muy frecuentes, muy útiles, y muy peligrosas en Ciencias Sociales. No puedo aquí insistir en este punto, pero sí dar la referencia de mi artículo ya publicado sobre «positivismo e interpretación».⁵

Pero tales dicotomías no se usan en la práctica (ni en mis reflexiones) para crear una clasificación de los científicos sociales. Más bien, los científicos sociales usan un lenguaje dicotómico para clasificarse mutuamente en el cambiante mundo de las ideas. Tal uso es más relacional que conceptual: lo que es positivista para uno, es interpretativo para otro. A causa de estas formas de relaciones, no vale la pena discutir con Hanagan y Tilly sobre dónde me sitúan; mis oponentes metodólogos me rechazan como no-positivista igual que ellos me rechazan como positivista. De hecho, un punto del artículo de Hanagan y Tilly se basa en mi ataque a una de estas dicotomías básicas al juntar sus dos lados en el término «positivismo narrativo».

5. «Positivism and Interpretation in Sociology», *Sociological Forum*, 5: 435-458. Una exposición más larga y formal del argumento se encuentra en el manuscrito llamado «Caos de disciplinas», que es el primer capítulo del libro mencionado en el texto.

Para decirlo de nuevo, su comentario sobre que «yo entienda poco de las prácticas históricas actuales» me parece, en cierta manera, divertido y triste. Gran parte de mi tiempo como estudiante de Historia lo dediqué al trabajo de archivo, así como para mi tesis sobre los psiquiatras americanos a finales del siglo XIX. Igualmente me parece divertido que digan que la mayor parte de los historiadores de la SSHA no se identifican como historiadores sociales. Esta sentencia puede ser correcta ahora, pero no lo era para los años a que hace referencia mi artículo sobre la síntesis perdida. Estoy sorprendido de que Hanagan y Tilly piensen que los historiadores reflexionan mucho sobre el tiempo. Cuando estuve en Rutgers, los estudiantes de aquel excelente departamento de Historia que querían estudiar Filosofía de la Historia y temporalidad me fueron enviados a mí por sus profesores de Historia para que les enseñara, porque ellos —historiadores— no querían ser molestados con tales asuntos.

Naturalmente, muchos historiadores tienen un sentido bien desarrollado para el tiempo y los procesos. Es exactamente este conocimiento artesano el que debe ser formalizado y desarrollado, como dije en mi primera obra publicada sobre el tiempo en las Ciencias Sociales. El ejemplo de Morgan que dan Hanagan y Tilly se podría multiplicar por cientos. Los historiadores no necesitaron a Aminzade, ni a mí, ni tampoco a Braudel, para hablarles de duración, velocidad, trayectoria y ciclos.

Pero los historiadores no tienen, ni tampoco lo tiene Aminzade, ni nadie a quien yo haya leído, una teoría completamente elaborada sobre lo que ese lenguaje significa en términos de estructura social y proceso social. El concepto de ciclos es un lugar común, una comodidad. Demostrar, sin embargo, que los ciclos son posibles en un proceso social, no es fácil. La narrativa en sí misma es quizá el ejemplo más sencillo de lugar común. Parece obvio que hay narrativas sociales. Pero de ninguna manera lo es que pueda haber cosas como «trayectorias» sociales obligatorias, lo que significaría cascadas de acontecimientos en el proceso social cuyos resultados se saben desde los orígenes. Argumentar así significa argumentar contra la libertad del presente para ser él mismo y pretender que el pasado histórico está «allí» de alguna manera, como objeto poderoso y determinante. La respuesta estándar a esta pregunta —que este «estar allí» de la historia es principalmente mental— elude simplemente la cuestión más molesta.

El hecho es que desarrollar un lenguaje formal serio para hablar de temporalidad en los procesos sociales significaría desarrollar una completa teoría social procesual. Y nadie lo ha hecho. La obra a que Hanagan y Tilly se refieren diciendo que va por el buen camino en el cruce donde yo me perdí, apenas reconoce este asunto y —mucho menos aún— intenta resolverlo. Hanagan y Tilly se refieren al trabajo reciente de Larry Griffin sobre el linchamiento. Pero Griffin emplea la formalización (indudablemente elegante) de David Heise sobre las narrativas individuales, y Heise es de hecho otro de los llamados positivistas narrativos. Además, la maquinaria de Heise no ofrece nada más que un camino para plasmar en diagramas las relaciones históricas. No da (ni intenta dar) una respuesta al problema teórico fundamental de cómo estructuras grandes, coyunturas medianas y pequeños acontecimientos interactúan

en un tiempo granular continuo para producir narrativas, entidades y acontecimientos, todas las cosas que contamos en Historia. Heise, como yo en mi propio trabajo metodológico, se preocupa por abordar primero algunas cosas pequeñas, no yendo a buscar en primer lugar los problemas grandes.

Soy conocedor del trabajo de mis colegas Sewell y Steinmetz, y también de Somer. Pero pienso que todos tratan el tema de la «narrativa» desde su vertiente fácil. Para ellos, estudiar narrativas significa estudiar el discurso de la gente sobre el proceso social, no el carácter narrativo del proceso social en sí. Pero todos conocemos desde hace muchos años narrativas de la vida social. El carácter narrativo del entendimiento cotidiano de la gente sobre el proceso social no es más nuevo de lo que son las nociones de que las realidades sociales se construyen al actuar o de que el proceso social consiste en acciones entre grupos en conflicto y auto-constituídos. Todo esto son ideas centrales de la tradición pragmática de la teoría social que yo, como la mayor parte de científicos en la tradición sociológica de Chicago, tomamos como fundamentales. Estoy contento de que mis colegas redescubrieran estas ideas, pero no creo que el redescubrimiento nos aporte mucho. La gran tarea pendiente de la tradición de Chicago es crear un esquema teórico que permita estructuras amplias y múltiples niveles sociales sin perder los micro-fundamentos procesuales e interaccionales de la vida social. El fracaso en ofrecer este complemento crucial al pensamiento de George Herbert Mead fue lo que dejó a Herbert Blumer simplemente como *guru* del interaccionismo simbólico en vez de considerarlo como uno de los mayores teóricos sociales del siglo.

Pero el destino de Blumer nos indica algo muy importante. Fue al distanciarse de las teorías sobre la estructura y centrarse puramente en cultura y símbolos, cuando Blumer perdió su camino. Trabajó un poco sobre asuntos sociales estructurales, pero nunca completó el trabajo. Más bien cayó exactamente en la misma trampa que hunde a la mayor parte de la gente que está escribiendo sobre narrativa ahora. Empezó a identificar estructura social y realidad material con sus oponentes en el campo de las variables y a pensar que los objetos se podrían estudiar solamente de esta manera, carente de significado y que por tanto ellos mismos deben carecer de significado e importancia. Sólo sobre el significado —empezó a enseñar— valía la pena reflexionar. En la misma línea se encuentran Sewell y otros intentos de hacer del imaginario cultural y de las estructuras simbólicas el centro absoluto del pensamiento histórico. Han olvidado que debemos también dar fe de las estructuras sociales, y esto significa tener un relato narrativo de los hechos sociales actuales, sin la ayuda fácil de la memoria para solucionar el problema de oponer un pasado absolutamente desfado a un presente abierto. Este problema se explica mejor en el primer capítulo del libro *Philosophy of the Present* (1931) (Filosofía del presente) de Mead, que en cualquier obra reciente sobre narrativa en Historiografía.

Ciertamente, el enfoque de Blumer sobre símbolos era fructífero. La tradición interaccionista era larga y destacada. El interaccionismo simbólico enriqueció la sociología de muchas e inesperadas formas durante los años 50, 60 y 70, cuando menos al

crear un fundamento que facilitó a muchos sociólogos conocer a aquellos pensadores continentales que consiguieron en los años 80 llegar a donde Blumer había estado 50 años antes. Pero como teoría social, la escasa obra de Blumer era un fracaso. Vio lo que Mead había visto, y pudo imaginar hacia donde debería ir. Pero la teoría en sí, particularmente la teoría sobre la realidad social material, no la realizó nunca.

Es en esta tarea en la que estoy luchando. Siento que los resultados aparezcan tan lentamente, y que por ello los profesores Hanagan y Tilly hayan confundido mis primeros y más fácilmente conseguidos resultados, con lo más importante de mi trabajo. Pensé que mis colegas cuantitativos se merecen algo más que críticas e hice lo que pude para darles un conjunto de nuevos métodos para reflexionar. Pero mi interés central queda en lo que dije en el año 1983: «trazar un enfoque para generalizar sobre procesos sociales que se basa no sobre una continuidad hipotética de atributos, sino más bien sobre una visible continuidad de acontecimientos centrales o causalmente importantes».⁶

Traducción de Elisabeth Aignesberger Scholz

6. «Sequences of Social Events», *Historical Methods* 16: 129-147, 1982, p. 141.